

Hugo Bouter

La unción en Betania

«Entonces, seis días antes de la Pascua, vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, que había estado muerto, al que había resucitado. Allí le hicieron una cena; y Marta servía, pero Lázaro era uno de los que se sentaban a la mesa con Él. Entonces María tomó una libra de aceite de nardo, muy costoso, y ungió los pies de Jesús, y enjugó sus pies con sus cabellos. Y la casa se llenó de la fragancia del aceite.»

Juan 12:1-3

La adoración es la *unción* del Señor

Un hermoso ejemplo bíblico de adoración se encuentra en Juan 12. El Señor iba a morir, y María de Betania lo sabía porque se había sentado a Sus pies para recibir Sus enseñanzas. Ella sentía lo que iba a suceder. Por eso quiso ungirlo, es decir, embalsamarlo para Su entierro. El Señor lo reconoció y le expresó su gran aprecio por este acto de amor. María había guardado su aromática y valiosa fragancia de nardo «para el día de Su sepultura» (Jn 12:7). Por lo tanto, el propósito de la unción era el embalsamamiento de un cuerpo. Esto lo confirma el relato de los evangelistas Mateo y Marcos: María ungió el cuerpo de nuestro Señor antes de enterrarlo (Mt 26:12; Mr 14:8).

Esta unción no fue con el propósito de panegirizarlo, como era costumbre en el Antiguo Pacto. Entonces las personas eran ungidas como reyes, sacerdotes o profetas. Por supuesto, Cristo fue ungido Rey, Sacerdote y Profeta, siendo Dios mismo quien le investió de estos títulos. De hecho, el Señor posee todos estos oficios. Pero ungirlo como la Persona que murió quiere decir algo más. Significa – y

este es el valor simbólico del acto de María – que lo honramos por haber muerto por nosotros, recordándolo en Su sufrimiento y proclamando Su muerte hasta que Él venga. El centro de la escena no somos nosotros, que antes estábamos muertos y fuimos resucitados por Él a una nueva vida (como se demuestra con Lázaro). Se trata del propio Señor, que vino a dar Su vida. Él es el Príncipe de la Vida, que entró voluntariamente en la muerte para retomar aquella al otro lado del sepulcro (Jn 10:17-18; Hch 3:15).

La Pascua y la Cena

La Pascua era la fiesta de la redención de Israel, para sacarlos de Egipto. La Cena del Señor es la fiesta de nuestra liberación del presente mundo malo. Estamos salvados del juicio; estábamos muertos y hemos vuelto a vivir. Pero la Cena del Señor se celebra especialmente en recuerdo de Él, de quien nos amó hasta morir, con el propósito de honrarlo y engrandecerlo. Comparemos esto con la magnífica cena nupcial que el Rey – una imagen de Dios Padre – preparó para su Hijo (Mt 22:2). También nos vienen al recuerdo las bodas de Caná, a las que fue invitado Jesús con sus discípulos. Pronto se hizo la figura central en cuanto convirtió el agua en vino y reveló Su gloria (Jn 2:11). Esa gloria divina se manifestó de igual modo en la resurrección de Lázaro (Jn 11:4, 40).

En relación con todo ello, el evangelista Juan relata con todo detalle que María – aquí, donde el Hijo reveló Su gloria divina – ungió solamente los pies de Jesús (Jn 12:3). Asimismo, se los secó con el cabello y depositó su honor y gloria a Sus pies (cf. 1Co. 11:15). Según cuentan Mateo y Marcos acerca del Señor como Rey y Siervo-Profeta, también fue derramado aceite sobre la cabeza de Jesús. No cabe duda de que en este suceso fueron ungidos la cabeza y pies del Señor, aun así, la interpretación de Juan se acerca más al carácter exaltado que Jesús toma en este evangelio.

El culto pide todo de nosotros

Únicamente Marcos menciona que el frasco de alabastro, que contenía el preciado nardo, fue resquebrajado, lo que transmite un acto simbólico de profundo sentido. La adoración exige todo de nosotros. Cristo sacrificó Su vida. Fue golpeado por nuestras iniquidades y Él derramó el precioso sacrificio de Su vida hasta la muerte (Is 53:5,12). No ocurre de otro modo con el preciado tesoro, que nosotros como creyentes llevamos en nuestros cuerpos. Estos «vasos de barro» son entregados a

la muerte por causa de Jesús, para que la vida de Cristo se manifieste en nuestra carne mortal (2Co. 4:7-18; cf. la rotura de las tinajas por parte de los hombres de Gedeón en Jueces 7:16ss).

Además, en Juan 12:2 vemos con Marta la dimensión que adquiere el servicio. Marta servía, como ya lo hacía en su casa (Lc 10:40). Sin embargo, aquí no la sumía en la reflexión el significado de su propio trabajo, sino que todo sucedía en armonía con el Maestro. Lázaro nos muestra un aspecto de la comunión, el de sentarse y acostarse en la presencia del Señor. En María, que se sentó a los pies del Señor para escuchar Su palabra en Lucas 10, manifiesta aquí de modo diáfano el aspecto de la adoración. La una no puede existir sin la otra: la escucha de Su palabra lleva a la adoración de Su Persona. Comunión, servicio y adoración en la presencia del Maestro: estas son las tres cosas que nos caracterizan como miembros de la familia divina.

Una buena obra para Él

El acto de amor de María tuvo dos efectos. En primer lugar, la fragancia del nardo impregnó la casa. Propició una atmósfera elevada que recordaba a la del santuario donde los sacerdotes realizaban el servicio diario y encendían incienso aromático en el altar de oro (Éx 30:7-8). Esto nos lleva a preguntarnos sobre las familias de los creyentes de nuestros días. ¿Es Cristo el Huésped exaltado en sus casas? ¿Es el aceite de la unción de la adoración una realidad en los hogares? ¿Y nuestras congregaciones? Como verdaderos templos del Dios vivo, ¿están llenas de la fragancia de la adoración al Cordero?

Sin embargo, a esto siguió la reacción de Judas Iscariote y del resto de los discípulos. La luz de Cristo puso de manifiesto todas las cosas y también mostró la corrupción del corazón humano, ya que Judas era un ladrón (Jn 12:6). El Señor no iba a quedarse con ellos para siempre. Volvería al Padre y en adelante sería el centro de la gloria celestial. María había hecho una buena obra para Él, mientras todavía era posible en la tierra. Esta obra era personal, un acto que expresaba su amor y estima por Él (Mt 26:10; Mr 14:6). He aquí un ejemplo para nosotros. En la celebración de la Cena del Señor, podemos ofrecerle el perfumado nardo de nuestra adoración y alegrar el corazón del Maestro con ofrendas de alabanza y acción de gracias (cf. Cnt 1,12). A nosotros no nos faltará nada: la fragancia del costoso óleo en la casa de Dios alegrará nuestro corazón y tendremos un anticipo del banquete de bodas celestial, las bodas del Cordero (Ap 19).

